

BIBLIOGRAFIA

J. GONZALEZ ECHEGARAY y otros, *El yacimiento de la Cueva de «El Pendo» (Excavaciones de 1953-57)*, Biblioteca Praehistorica Hispana, XVII. Madrid, 1980, 270 pp., 101 figs., VI láms.

Este equipo de investigadores se ocupa de la revisión del material paleontológico y arqueológico obtenido en las excavaciones realizadas en 1953-57 en la Cueva de El Pendo (Escobedo de Camargo, Santander), por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, y bajo la dirección del doctor don Julio Martínez Santa Olalla. Las dificultades de cualquier estudio sobre una excavación antigua se ven acentuadas, en este caso, por la pérdida de la mayor parte de las notas y la azarosa vida de los materiales, que han permanecido almacenados en diferentes, y no siempre idóneos, emplazamientos. No obstante, en esta ocasión se cuenta al menos con la ventaja de que el coordinador de la obra, doctor González Echegaray, y la doctora Leroi-Gourhan participaron directamente en los trabajos, y que ha sido posible la recuperación de alguno de los diarios y cortes estratigráficos.

El equipo está compuesto por J. González Echegaray (coordinación y Paleolítico Superior), L. G. Freeman (Paleolítico Medio), I. Barandiarán (material óseo y estudio de los grabados parietales), C. de la Fuente (vertebrados), B. Madariaga de la Campa (moluscos), K. Butzer (estudios sedimentológico), Arl. Leroi-Gourhan (análisis polínico), J. M.^a Apellániz (niveles cerámicos) y J. A. González Morales (interpretación ornitológica de las figuras parietales).

La Cueva de El Pendo se encuentra en el municipio de Escobedo de Camargo, a pocos kilómetros de la capital de Santander. Su descubrimiento, en 1878, se debe a don Marcelino Sanz de Sautuola, impulsado por la impresión recibida por los objetos prehistóricos representados en la Exposición Universal de París. Así pues, junto con Altamira, El Cuco, Cobalejos, y la cercana cueva de Camargo —hoy desaparecida—, El Pendo es uno de los primeros yacimientos paleolíticos excavados en el área cantábrica. En esta primera etapa de los trabajos participaron muchos de los pioneros de la Prehistoria montañesa, como J. Vilanova y Piera, O. Cendreras y H. Alcalde del Río, éste último descubridor de los grabados parietales. No obstante, las primeras excavaciones extensivas se deben a J. Carballo, fundador y primer director del Museo de Prehistoria de Santander, quien, en 1926, y en el contexto de una magnífica colección de objetos de arte mueble, descubre el famoso bastón perforado que Salomón Reinach llamaría «el rey de los cetos paleolíticos». Posteriormente, en 1930, trabaja en El Pendo la *American School of Prehistoric Research* y, entre 1953 y 1957, se realizan las excavaciones objeto de revisión en esta obra.

Junto con Cueva Morín y El Castillo, la serie estratigráfica de El Pendo es una de las más completas del Paleolítico Cantábrico, comprendiendo nueve niveles del Musteriense (tres de ellos indeterminables a nivel de facies), dos del Auriñaciense Arcaico, uno Chatelperronense, uno del Auriñaciense I, dos del Auriñaciense Evolucionado, dos

del Gravetiense, dos del Auriñaciense Tardío, otro, dividido en 8 capas, del Magdaleniense, uno del Aziliense, y vestigios de la Edad del Bronce.

Los niveles del Paleolítico Medio pueden agruparse en dos conjuntos: el Musteriense de Denticuladas (VIII_d, XII-XI y XVI) y el Musteriense Típico (XIII y XIV). Todos ellos son estadísticamente dignos de confianza y pueden ser clasificados dentro de alguna de las *facies* establecidas por F. Bordes para el estudio del complejo industrial Musteriense. No obstante, no todos los niveles encajan exactamente con las características establecidas para cada una. Así, en el nivel XVI (capas *a*, *b* y *c*) Freeman duda entre su clasificación como Musteriense de Denticuladas o como Musteriense Típico «rico en denticuladas»; los niveles XIV y XIII son del Musteriense Típico rico en raederas, el segundo con hendedores, y —finalmente— el nivel VIII_d pertenece al subtipo *D* de F. Bordes dentro del Musteriense de Denticuladas. Resulta pues evidente que el hecho de que una colección no encaje perfectamente en los márgenes estadísticos de una *facies*, es algo que no sucede sólo en los materiales de excavaciones antiguas. Como ya demostraran los trabajos de Cueva Morín, no existen barreras naturales entre las distintas *facies*, que deben entenderse como una creación artificial, que existe en la mente de quien clasifica y que refleja tan sólo la composición cuantitativa del utillaje de un nivel musteriense.

En la base de la estratigrafía del Paleolítico Superior de El Pendo, el nivel VIII_b representa la transición desde el Musteriense. A pesar de que VIII_b y VIII_a tan sólo suman 35 útiles, la presencia de utillaje característico y la clasificación, evidente, del nivel VIII como Perigordense Inferior (Chatelperronense), permite su atribución a una fase arcaica del Auriñaciense. El Auriñaciense I aparece en el nivel VII, al que se superponen dos estratos fértiles del Auriñaciense Evolucionado (VI y V_b), con escasas hojitas de borde rebajado, aumento del índice de buril y ausencia de elementos del Paleolítico Medio. El Gravetiense, representado en los niveles V_a y V, este último con 32 útiles, representa una clara ruptura con respecto al nivel inferior, con un considerable aumento de los utensilios de dorso.

Posiblemente la serie más reciente de El Pendo (niveles IV a II) es la que presenta una problemática más acentuada. Por su posición estratigráfica, el nivel IV podría pensarse que se trata del Solutrense tantas veces citado en este yacimiento. Sin embargo, faltan sus fósiles directores y su colección, con 356 útiles, presenta abundantes puntos de contacto con la del nivel VI. Como, por otro lado, el nivel III difícilmente puede separarse del IV, ambos han sido clasificados como Auriñaciense Tardío (Auriñaciense Final en la periodización de F. Bernaldo de Quirós). Esta presencia de capas auriñacienses por encima del Perigordense Final es un fenómeno poco conocido, pero detectado ya en el Auriñaciense V de Laugerie-Haute. No obstante, parece claro que para aclarar y profundizar en este problema será necesario esperar a nuevas excavaciones tanto en ésta como en otras estaciones cantábricas.

El nivel II comprende 8 capas, con un total de 763 útiles, que pueden agruparse en nivel II superior (capa II), medio (capas II_a y II_b) e inferior (II_c-II_g). El autor del capítulo insiste en la unidad cultural de la serie, que clasifica en el Magdaleniense Superior. Posiblemente esta clasificación sea más correcta aplicada tan sólo al sector más antiguo, que presenta un predominio claro de los buriles sobre los raspadores y un elevado porcentaje de hojitas de dorso, características frecuentes en colecciones con abundante material óseo y arte mobiliario (lo que a veces hemos llamado *facies A*). Probablemente las capas II_c a II_g puedan relacionarse con los objetos de arte descubiertos por el doctor Carballo, que hoy se conservan en el Museo de Prehistoria de Santander. En el sector medio y superior la relación raspador-buril se invierte, y —sobre todo en la

capa II— aparecen las microgravettes, las puntas azilienses, e incluso los raspadores unguiformes, lo que sin duda podría permitir su clasificación en el Magdaleniense Final. A pesar de la existencia de un hiato, detectado en el estudio sedimentológico, no existe ruptura cultural entre el nivel II y el I (Aziliense), en que abundan ya los raspadores disquitos, unguiformes y puntas azilienses.

En su estudio del material óseo, I. Barandiarán insiste en el carácter de puro inventario de la colección, que carece de fósiles directores, de piezas espectaculares, y de número suficiente de objetos para rectificar o matizar la clasificación obtenida a partir del material lítico. Personalmente nos sorprende el aire magdaleniense del material óseo de los niveles IV y III, con azagayas monobiseladas con acanaladuras dorsales y/o ventrales. El profesor Barandiarán se muestra reacio a adscribirlo al Magdaleniense III o IV, pero señala que es una posibilidad que no puede descartarse.

El escaso material cerámico y metálico estudiado por J. M.^a Apellániz parece confirmar aspectos observados en la Cueva del Castillo y en yacimientos del País Vasco: en la fase argárica vuelven a utilizarse los yacimientos de base y las cuevas menores. En todo caso, parece claro que en El Pendo se evidencia la misma población de las cavernas que en el resto de España.

Los trabajos de K. Butzer, C. Fuentes, Arl. Leroi-Gourhan y B. Madariaga contribuyen, en distintos aspectos, a completar la reconstrucción histórica y cultural del yacimiento a partir de la información climática, ecológica y económica. En el estudio sedimentológico puede seguirse la evolución paleoclimática desde un momento anterior al comienzo de la última glaciación hasta la transición del Dryas III al Preboreal. En principio, puede haber tres datos que atraigan especialmente la atención del lector. Primero, la cronología del Musteriense, cuyo primer nivel aparece inmediatamente después del interglaciador, mientras que el último da paso al Paleolítico Superior en pleno ambiente frío del Peniglaciador Superior, lo que parece indicar que el Musteriense Cantábrico termina unos 5.000 años más tarde que el del Norte de los Pirineos. Segundo, la cronología de los niveles IV y III, que parece bastante avanzada, en el mismo ambiente que los niveles del Magdaleniense Superior. Tercero, que el nivel Aziliense parece representar una de las ocupaciones «antiguas» dentro del área cantábrica, en que la mayor parte de las dataciones pertenecen al Preboreal.

El análisis faunístico de C. Fuentes se enfoca especialmente a la evolución paleoecológica de la zona, que a lo largo del Würm A, B y C pasa por fases bosque mixto-estepa-parque, parque-estepa, y parque-bosque mixto, respectivamente. El estudio malacológico de B. Madariaga refleja una explotación económica preferencial de niveles ecológicos marinos de roquedo, con predominio absoluto de las especies *Patella* y *Littorina*. El diagrama polínico de El Pendo coincide parcialmente con el resto de la información climática y ecológica. Como señala la doctora Leroi-Gourhan, de poder reemprenderse las excavaciones de este yacimiento, nos encontraríamos ante una de las secuencias climáticas más importantes de Europa.

Otros dos breves artículos se ocupan de la revisión de los grabados parietales descubiertos por H. Alcalde del Río, que creyó ver dos aves y dos posibles cuadrúpedos. A partir de la realización de un nuevo calco, I. Barandiarán llega a la conclusión de que sólo existen dos figuras, que identifica como anseriformes, clasificación zoológica que no comparte J. A. González Morales, que argumenta a favor del *Alca impennis*.

En síntesis, puede afirmarse que la revisión de las antiguas excavaciones en la Cueva de El Pendo supone una de las más importantes aportaciones a la secuencia cultural del Paleolítico Cantábrico, y subraya nuevamente la excepcional importancia del yacimiento, que, indudablemente, exigirá en el futuro una nueva excavación que permita dilucidar o

confirmar aspectos que por los lógicos inconvenientes de una excavación antigua, han quedado algo oscuros. La revisión ha sido llevada a cabo por un equipo de investigadores de primera línea, y los resultados, con las limitaciones ya señaladas, difícilmente podrían haber sido mejorados. No queda pues sino felicitar a los autores y a la *Biblioteca Praehistórica Hispana* por la ejecución científica y material de esta obra, que sin duda marcará un hito en la investigación del Paleolítico Cantábrico.—J. A. MOURE ROMANILLO.

FERNANDEZ-TRESGUERRES VELASCO, J. A., *El Aziliense en las Provincias de Asturias y Santander*, Centro de Investigación y Museo de Altamira, Monografías, 2, Santander, 1980, 209 pp., 62 figs.

La obra constituye la tesis doctoral de su autor, realizada bajo la dirección del profesor Almagro Basch, y defendida en la Universidad de Valladolid en junio de 1980. Actuó como ponente el profesor Balil Illana, e inmediatamente después ha sido publicada por el Ministerio de Cultura dentro de la serie monográfica del Centro de Investigación y Museo de Altamira.

No es preciso señalar el interés objetivo del tema, que resulta a todas luces evidente, sino, y sobre todo, la indudable oportunidad de su elección. Como el propio autor señala en el prólogo, los trabajos que desde 1973 dirige en el yacimiento asturiano de Los Azules I, sirvieron para iniciar un camino no demasiado conocido, para él y para la casi totalidad de los prehistoriadores. La mayor parte de la información, o era escasamente utilizable por tratarse de trabajos antiguos, o poco significativa, desde un punto de vista cronológico, por ser niveles únicos que no permitían conocer la evolución interna de este complejo industrial. En este sentido, conviene destacar la importancia de dos estratigrafías «largas» pertenecientes al Aziliense, el Piélagu (Santander), por desgracia inédito desde 1967, y Los Azules I, de cuyo estudio y publicación se viene ocupando el propio autor.

El trabajo comienza con un apartado historiográfico en que se pasa revista a los antecedentes de la investigación del Epipaleolítico Cantábrico, desde Asturias al País Vasco, analizando las importantes aportaciones de investigadores como Vega del Sella, Carballo, Breuil, Obermaier, Aranzadi, Barandiarán y Eguren. Todas estas excavaciones, más o menos antiguas, son la base de una serie de interpretaciones sobre la filiación cultural del Aziliense de la Costa Cantábrica, que son analizados por Fernández-Tresguerres en su capítulo II.

El grueso del trabajo es el estudio de yacimientos y materiales de las provincias de Oviedo y Santander. En Asturias el interés principal se centra en la ya citada estación de Los Azules I, primera cueva de un grupo situado cerca de Cangas de Onís. Su importancia reside, sobre todo, en la presencia de una rica estratigrafía, en que varias capas azilienses se superponen al Magdaleniense con arpones, en los estudios palinológicos y paleoecológicos realizados, y en la presencia de un enterramiento, aspectos que son analizados pormenorizadamente en distintos capítulos.

En todos los yacimientos en que es posible se comienza con la descripción de los resultados de antiguas excavaciones, se continúa con la revisión de los materiales, y —en su caso— se termina con la exposición de los resultados de excavaciones modernas. El estudio del instrumental lítico se realiza de acuerdo con la léxico-tipología y representaciones gráficas de Sonneville-Bordes y Perrot. Por desgracia, escasean las secuencias estratigráficas largas, pero los niveles de El Pendo, Morín, La Chora y El Otero proporcionan valiosa información paleoecológica que ayuda a su correcta localización con respecto a